



Facultad de Psicología

Trabajo Integrador Final

Poner a jugar al enigma de la muerte: un análisis sobre el lugar de la fantasía en la infancia

Modalidad de presentación: Ensayo

Autora: Giordano, Francina

Legajo: G-5704/5

DNI: 40.473.677

Docente responsable: Prado, Carla

Agradecimientos

A mi familia, por ser mi mayor motor y sostén. En especial a mi mamá, que ya no está físicamente, pero sé que algo de ella habita entre nosotros; o al menos eso me gusta fantasear.

A mis amigos, por su apoyo inquebrantable. Por la escucha y la contención diaria.

A Carla y Juan, por acompañarme en esta ardua pero hermosa última tarea de escribir.

A la Universidad Nacional de Rosario, por darme la oportunidad de formarme con convicción.

Índice

Resumen	1
Introducción	2
Acerca de lo (no) representable	3
En torno al concepto de fantasía	7
El lugar de la ficción en el devenir del niño	10
Reflexiones finales: más allá del enigma de la muerte	13
Referencias bibliográficas	15

Resumen

Este escrito indaga en la representación de la muerte en la infancia y su relación con la fantasía, entendiendo que la muerte se presenta como un enigma y un límite para la simbolización. A lo largo del desarrollo se trabaja, individualmente y también en su articulación, los conceptos de representación, fantasía y juego. Se analiza la representación no solo como una construcción simbólica, sino también como un proceso psíquico que organiza la experiencia del sujeto. Un proceso que hace, esencialmente, al sujeto. La fantasía, en este marco, se expone como una vía fundamental para dar forma a lo que no puede ser plenamente representado, una operatoria psíquica que permite elaborar lo inasimilable. El juego aparece allí como un medio para bordear lo irrepresentable, aquello que de otro modo quedaría por fuera de toda simbolización. En las conclusiones, se reafirma que la muerte no debe pensarse únicamente desde la carencia o la imposibilidad de representación, sino como un vacío que exige bordes simbólicos. Se destaca el papel activo del niño en la construcción de sentido y se enfatiza en la importancia de ofrecer relatos y juegos que permitan inscribir subjetivamente la experiencia de la muerte.

Palabras clave

Muerte – Representación – Fantasía – Infancia

Introducción

El presente escrito se inscribe dentro del área problemática psicoanálisis y clínica. En este campo específico, la temática a abordar será la representación de la muerte en la infancia y su vínculo con la fantasía.

El psicoanálisis, en tanto marco epistemológico, ubica a la muerte como aquello que no posee inscripción en el psiquismo, como aquello que en el inconsciente no tiene una representación. Asimismo, sostiene que algo podemos alcanzar a representar de ella gracias a que, al menos, tenemos la palabra muerte. Esto parte de una concepción que comprende al ser humano, no sólo como viviente, sino también como viviente en relación al lenguaje. Somos sujetos hablantes.

En nuestra existencia como seres humanos, la muerte siempre será algo que nos confronte con lo indecible, con un límite. La muerte produce un agujero en lo real y convoca a lo simbólico para bordear la falta.

Entonces, ¿Qué rol cumple la fantasía aquí? Proponemos pensarla como la ficción o el espacio que nos permite elaborar, procesar, explorar; ese guión imaginario del que hablan Laplanche & Pontalis (1983): “en el que se haya presente el sujeto y que representa, en forma más o menos deformada por los procesos defensivos, la realización de un deseo y, en último término, de un deseo inconsciente” (p. 138). En este marco, la fantasía aparece como una operatoria psíquica que permite elaborar y procesar lo inasimilable.

Siguiendo esta línea, la infancia es entendida como la etapa o el primer momento en el que algo de esto se empieza a inscribir. Aparece la conciencia de vida pero también la de finitud, la idea de que la muerte es una pieza natural de la existencia: “estoy vivo”/“me puedo morir”. En este escrito partimos de la premisa de que el juego, el relato, el cuento, etc. contribuyen a la hora de dar cuenta, de tramitar la muerte.

Frecuentemente escuchamos adultos ocultando la verdad o tratando de engañar a los niños frente a un hecho de este tipo. Quizás esto se deba a que para ellos, la muerte también es un objeto desconocido, enigmático y difícil de abordar.

Por su parte, los cuentos populares revelan verdades esenciales sobre la especie humana. Son importantes para los niños porque muestran la realidad tal cual es: el amor mezclado con el odio, la angustia, el sufrimiento, el miedo a ser abandonado, la vejez, la muerte. Pero, ¿Qué ocurre si éstos son siempre modificados en función de no producir frustración o angustia? ¿O si los relatos en relación a la muerte son disfrazados constantemente? Ese agujero, eso inabarcable, va a seguir estando e insistiendo. El objetivo del presente escrito será, por lo tanto, reflexionar sobre este primer momento de representación y construcción de fantasía de la muerte.

En virtud de abarcar las categorías de análisis que han sido mencionadas, tales como muerte, representación, fantasía e infancia, la modalidad de escritura elegida es el ensayo, entendiendo que a partir de la expresión de los autores a modo de premisa, permite un abordaje argumentativo frente a un saber provisorio. Además, propicia el espacio adecuado para exponer una polifonía de voces que no sólo contribuyan con la voz de los autores, sino que también la pongan en cuestión.

Por su parte, la revisión de antecedentes arrojó que existen escritos que abordan la categoría muerte. Destacamos la investigación bibliográfica de Heredia (2020), en la cual aparece el interés por la representación de la muerte pero, a diferencia de este escrito, la aborda a partir del lugar del trabajo de duelo por la pérdida del objeto de amor. Es decir, se centra en el impacto subjetivo de la pérdida y el trabajo psíquico que realiza el sujeto para tramitarla. Nuestro trabajo, por el contrario, si bien también sostiene la noción de la muerte como lo irrepresentable, pretende considerar el rol activo del niño a la hora de construir sentido acerca del enigma que condensa la muerte. Además, cómo la fantasía y el juego recubren la pregunta por la muerte propia y la de los demás.

Acerca de lo (no) representable

El concepto de representación tiene un lugar relevante dentro del trabajo metapsicológico de Freud. Del alemán *Vorstellung*, término que forma parte del vocabulario clásico de la filosofía y psicología de dicho país, da cuenta sobre “lo que uno se representa, (...) un acto de pensamiento” (Laplanche & Pontalis, 1983, p. 367). Siguiendo esta idea, la primera definición que arroja la Real Academia Española (2014) es “acción y efecto de representar”.

Freud (2006) en un principio no modifica esta acepción pero luego hace un uso original. Una de sus operaciones fundamentales será la de separar la representación del afecto o carga afectiva. En sus primeros modelos teóricos, en el afán de explicar las psiconeurosis, habla de cómo en la histeria, por ejemplo, este quantum de afecto se convierte en energía somática y la representación reprimida es simbolizada por una zona del cuerpo. Este proceso sería el principio de la represión y nos habla de destinos diferentes para estos elementos.

En su tesis doctoral, Jorge Besso (1980) menciona que el camino de la representación es el camino de “la profusión representativa, son los recorridos de la metáfora y metonimia” (p.127). El camino del afecto, por su parte, “no es tan laberíntico como el de la mediación representativa” (p. 127), sino que el afecto inunda al aparato psíquico ante el detalle más nimio, “se desplaza por propagación” (p. 127). Para ejemplificar, Besso acude a la vida cotidiana y da cuenta de cómo una persona frente al dolor o al amor puede ser poseedora de cierta entereza pero, sin embargo, estallar ante vicisitudes livianas y melodramáticas como una película.

Por otro lado, en su trabajo metapsicológico Freud distingue dos tipos de representaciones, una visual que deriva de la cosa y una acústica que deriva de la palabra. La diferencia entre estas representaciones tiene origen en su investigación acerca de la afasia. El joven Freud de 1895 en “Proyecto de psicología para neurólogos” (2007) ya comenzaba a hablar de asociación de objeto, lo que luego sería la representación de cosa. Mostró desde el comienzo la compleja relación entre lo asociativo y lo representativo.

La representación de cosa “no debe entenderse como un análogo mental del conjunto de la cosa. Esta se halla presente en diferentes sistemas o complejos asociativos” (Laplanche & Pontalis, 1980, p. 369). Además, la representación de cosa resulta esencial para pensar la figurabilidad de lo psíquico. La figurabilidad importa para muchas operaciones mentales, en especial el pensamiento, que se vuelve perceptible a partir de la misma. La representación de palabra, por su parte, enlazaría la verbalización y la conciencia.

La distinción entre representación de palabra y representación de cosa tiene alcance metapsicológico al permitir caracterizar, en ese momento, el sistema preconsciente-consciente y el sistema inconsciente. La representación cosa circula, es una bisagra entre los niveles del aparato psíquico y, a la vez, es decisiva respecto de lo inconsciente, ya que hace esencialmente a lo inconsciente. Es por ello que Freud culmina diciendo que la representación consciente abarca la representación de cosa más la representación de palabra y la representación inconsciente es la representación de cosa sola.

Por lo tanto, el interrogante que surge es el siguiente: ¿cómo es posible hablar de una representación inconsciente? Esta es otra de las novedades de Freud. “En términos generales se entiende por representación inconsciente una representación que ha sido reprimida” (Besso, 1980, p. 135). ¿Y por qué es importante el concepto de representación inconsciente? Según Besso (1980):

Es lo que impone la novedad de una psiquis comandada por un sujeto que se pensaba como dueño (...). La representación inconsciente forma parte, con todo derecho a partir de Freud, de la tramitación del aparato psíquico, y donde el lenguaje estará constantemente

mediando, como lo señala Le Gaufey, la realidad externa y la realidad interna, permitiendo la sutura de la energía pulsional con un representante psíquico. (p. 142)

Ahora bien, otro punto necesario para entender el concepto de representación, es tratar hacer una distinción entre éste y el de huella mnémica. Sabemos que el creador del psicoanálisis no concibe a la memoria como un receptáculo de imágenes sino que nos habla de sistemas mnémicos, de series asociativas, lo que finalmente denomina huellas mnémicas. Las huellas serían entonces “las bases de la memoria, la inscripción de los acontecimientos” (p. 127) y las representaciones, las que de pronto podrían recorrer esas huellas, recatectizando, reavivando. Besso (1980) menciona:

Es que transitamos por esta vida como sujetos marcados, de lo contrario nos caeríamos de la existencia, o más bien no nos podríamos subir. Pero aun así, las huellas no son tantas, no todas las cosas nos marcan en nuestro turno (...). Sin embargo, la actividad representativa no tiene límite (...) y es tan indispensable, para pensar, como para soñar, ya que ambos casos está presente la figurabilidad de lo psíquico. (p. 128)

La distinción no es del todo clara porque tampoco lo es en la teorización de Freud, sin embargo, este debate nos permite pensar acerca del asunto del sujeto. La capacidad de representar supone que haya un sujeto del otro lado. Dicho de otro modo, el sujeto debe advenir porque sino habría un “naufregio (...) en medio del río de las representaciones” (p. 152) y no un sujeto a priori. ¿De qué forma adviene un sujeto?

Resulta necesario un breve recorrido teórico para atender esta inquietud. A partir de 1953, Lacan (2014) comienza a considerar que la determinación del sujeto no está dada sólo por la vía de lo imaginario, porque eso implicaría reducir el sujeto al yo. El sujeto no se determina en un campo unificado sino en uno que está partido, que está diferenciado. Estos son los tres registros: imaginario, simbólico y real.

En su seminario *Los escritos técnicos de Freud* (2014), Lacan planta la semilla del gran Otro. Es aquí donde se puede pensar el germen de esta noción tan relevante para su obra, aunque, la inscripción en si misma ocurre en su segundo seminario. En este último, Lacan (2006a) presenta el Esquema Lambda como una estructura que le permite pensar la experiencia del análisis. Es decir, no es la estructura de la persona, pero permite asignarle un lugar al sujeto. En este esquema el sujeto que habla se presenta desdoblado. Encontramos cuatro vértices: Otro – otro – Sujeto – Yo (moi) y dos vectores: imaginario – simbólico. Aquí Lacan inscribe al Gran Otro.

El vector imaginario da cuenta del yo, ese yo que es redondo, completo, pero que por estar adherido a lo imaginario se saltea la relación con el Otro. De ningún modo se está expresando que esta dimensión sea menos importante, porque sin lo imaginario no hay yo pero, no basta con ese yo para ser hombres y no lunas. Cuando Lacan (2006a) habla de lunas se refiere a lo que no tiene alteridad porque está siempre en la misma órbita, por ejemplo, alguien que enuncia “soy lo que soy”. La relación simbólica, por su parte, se da entre el sujeto y el Otro. Como señala Lacan (2006a) “si fuéramos totales, cada uno sería total por su lado y no estaríamos aquí, juntos, tratando de organizarnos, como se dice. Es el sujeto, no en su totalidad, sino en su abertura” (p. 365). Si no hay abertura al Otro, no hay sujeto.

Razonar acerca de esta entrada a lo simbólico autoriza a hacer una vinculación con ese viviente mítico del que habla Lacan en el año 1960 en su texto “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano” (2008). Cuando menciona la célula elemental hace referencia a la articulación del sujeto en la cadena signifiante y es esto mismo lo que produciría al sujeto dividido, un sujeto de la falta. Dividido porque lo pescó la cadena signifiante. Ese viviente mítico representa, a nuestro entender, al cachorro humano ligado a la necesidad y, por el otro lado, el sujeto barrado es el sujeto atravesado por el lenguaje. Este cachorro se encuentra con el lenguaje a partir de su dependencia con respecto del Otro para satisfacer necesidades. Se encuentra con un Otro, en tanto tesoro de los significantes. Para acceder al objeto de la necesidad debe

pasar por los desfiladeros del significante. Es decir, la necesidad es tomada por el lenguaje, el Otro pone en palabras las necesidades del niño.

En síntesis, la dimensión simbólica es crucial porque nos constituye como sujetos; no somos sujetos antes de entrar en el lenguaje, sino candidatos a la subjetividad en la interlocución con el otro. Hablar implica alterar el mundo, es no ir siempre en la misma órbita. Que el oyente subjetive al que habla implica que no lo considerará calculable, predecible, como las fases de la luna. Si no accediéramos al orden simbólico, quedaríamos atrapados en el plano de lo real, entendido por Lacan como aquello que no puede ser simbolizado ni asimilado completamente por el lenguaje, lo que nos condenaría a la imposibilidad de organizar la experiencia, usar un lenguaje articulado o construir representaciones que le otorguen sentido al mundo.

¿Qué aporta este desarrollo respecto de la noción de representación? Nos permite, sobre todo, pensar en un concepto de representación que no esté ligado estrictamente al concepto de realidad. Es por ello que Laplanche & Pontalis (1983) afirman que “la *Vorstellung* de Freud ha podido equipararse al concepto lingüístico de significante” (p. 368). En este sentido, la Real Academia Española (2014) arroja otra definición un tanto más interesante que la primera: cosa que representa otra. El significante es lo que representa a un sujeto para otro significante, hay una constante relación y un constante desplazamiento que le van dando identidad al sujeto.

Queda por considerar cómo lo real determina al sujeto. Esto Lacan lo trabaja, en parte, en su seminario X denominado *La angustia* (2006b) dictado entre los años 1962 y 1963. Aquí el seminarista plantea cómo incide ese resto imposible de reintegrar que cae de la operación de la constitución del sujeto en el campo del Otro. Hablamos de un sujeto de la falta en tanto la falta es radical y necesaria para la constitución de la subjetividad.

A priori lo real como lo que no puede verse ni representarse en el significante y que cuando se devela se vuelve siniestro, ominoso. Este punto nos permite pensar la cuestión de la irrepresentabilidad, si es que puede establecerse cierta equivalencia entre lo real y lo irrepresentable. ¿Dónde puede leerse la cuestión de lo irrepresentable en Freud? Vale aclarar que éste último no es un término que Freud haya utilizado en sus escritos pero se lo puede pesquisar en algunas líneas.

En primer lugar, para seguir este recorrido, resulta oportuno hacer una distinción entre el concepto de lo reprimido y el de lo irrepresentable. ¿Qué diferencia habría entonces entre estos conceptos? Si bien son nociones que están relacionadas en ciertos aspectos, no se puede establecer un paralelismo. Lo reprimido es aquello que ha sido expulsado de la conciencia debido a su carácter inaceptable para el sujeto. Es un contenido que aunque ha sido desplazado de la conciencia, tiene una representación simbólica. Lo reprimido es potencialmente accesible al análisis a través de la interpretación de sus representaciones sustitutivas.

Lo irrepresentable, por su parte, es algo que nunca logra adquirir una representación simbólica dentro del aparato psíquico. Lo irrepresentable se encuentra en los límites de la experiencia psíquica y se manifiesta, por ejemplo, a través de la compulsión a la repetición. Es por eso que podemos leer acerca de la irrepresentabilidad en algunos pasajes de “Más allá del principio de placer” (2013a) cuando Freud teoriza sobre las pulsiones de muerte. Habría una interrupción en la cadena significativa.

En este contexto que data del año 1920, en el capítulo V, Freud (2013a) define a la pulsión como “un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior” (p. 36) y menciona que esta manera de concebirla nos suena un poco extraña en tanto lo habitual era definirla a través del esfuerzo por el cambio y el desarrollo. Ahora “nos vemos obligados a reconocer en ella justamente lo contrario, la expresión de la naturaleza conservadora del ser vivo” (p. 36). Freud (2013a) nos habla de un grupo pulsional, las genuinas pulsiones de vida, que se resiste y conserva la vida por lapsos más largos y, por otro lado, las de muerte, que se lanza de manera impetuosa para alcanzar rápidamente la meta final. Esto es, entonces, lo que lo lleva a afirmar que “la meta de toda vida es la muerte” (p.38). Por consiguiente, Freud (2013a) dice:

Quizá nos resulte difícil renunciar a la creencia de que el ser humano habita una pulsión de perfeccionamiento que lo ha llevado hasta su actual nivel de rendimiento espiritual y de sublimación ética (...). Sólo que yo no creo en una pulsión interior de esa índole y no veo ningún camino que permitiría preservar esa consoladora ilusión. (p. 41)

Esta ilusión refiere a que no exista eso enigmático, “imposible de insertar en un orden de coherencia” (p. 39), haciendo referencia a lo imposible de simbolizar de ciertos aspectos de la pulsión de muerte. No se orientan hacia el lenguaje ni el sistema simbólico, sino hacia la repetición compulsiva y la desintegración.

Recapitulando: tenemos entonces, por un lado, las representaciones conscientes y, por el otro, las inconscientes. Estas últimas se vinculan a lo reprimido pero, en sentido dinámico, dicho contenido puede retornar y manifestarse de diversas formas. Además, un sujeto con la capacidad de representar a partir de su entrada al orden simbólico. Sin embargo, hay cosas que de ningún modo acceden a esta simbolización. Este es el caso de la muerte.

El psicoanálisis propone pensar que la muerte no posee inscripción en el psiquismo. Sabemos de ella por lo que le pasa al otro, es un asunto de los demás, no nuestro. Por eso, aunque cada uno pueda imaginar su propia muerte, siempre lo haremos como espectadores. Sobrevivimos como observadores.

Entonces, cuando desde el psicoanálisis se piensa en la irrepresentabilidad de la muerte, se lo hace en función de la muerte propia porque cuando podríamos inscribirla, es cuando ya no podemos decir nada de ella. La propia muerte nos deja sin palabras. Faccedini y Zuliani (2008) plantean que

en lo inconsciente no hay representación de la muerte, ni de la vagina. Y si bien no hay representación, sí se puede decir algo de estas cuestiones. Con lo cual, estamos afirmando que no somos solo vivientes, sino vivientes en relación al lenguaje, y por eso de la muerte, por ejemplo, algo podemos alcanzar a representar gracias a que tenemos, al menos, la palabra “muerte”. (p. 150)

Esta cita permite considerar una doble vertiente ante al problema de la representación de la muerte. Por un lado, la idea de que “en el inconsciente cada uno está convencido de su inmortalidad” (Freud, 2013a, p. 290) porque “nuestro inconsciente (...) no conoce absolutamente nada negativo” (p. 297) y, por el otro, la conciencia informa que la muerte es un hecho constatable en la realidad. Por lo tanto, todo lo que de ningún modo puede inscribirse estará en relación a la muerte propia: ¿A dónde voy cuando me muero? ¿Qué pasa con mi cuerpo? ¿Existe el alma? A partir de la muerte de los otros podremos conjeturar. Pero, ¿Qué es lo que sí se puede representar? ¿La muerte de los otros? ¿Cómo concibe el ser humano a la muerte?

Es importante señalar que aunque la muerte, al igual que la sexualidad, ha sido considerada un tema tabú, no se puede afirmar que esta visión se mantenga en la actualidad. En un país donde más de 2.500 personas mueren por homicidio, más de 300 por femicidio, más de 3.000 en accidentes automovilísticos y más de 400.000 a causa de enfermedades, resulta imposible pensar que este tema no sea puesto en discusión. Como menciona Freud en “De guerra y muerte” (2013b), la muerte no es una contingencia, “los hombres mueren realmente” (p. 292). Que no sea censurable o prohibido, de ningún modo quiere decir que no existan circunstancias en las que la muerte sea un tema arduo de abordar y elaborar.

La concepción que cada quien tenga acerca de la muerte variará significativamente según su historia individual, cultural, social y religiosa. A esto hacíamos referencia cuando mencionamos el carácter flexible de las representaciones y su relación con el concepto de significante.

No es el mismo ver la muerte como una pérdida dolorosa y temida, a verla sólo como una transición hacia una nueva vida dentro del ciclo de reencarnación o el paso a la vida eterna. No es lo mismo haber atravesado vivencias personales en relación a la muerte, que no haberlo hecho. Como tampoco es lo mismo tener cinco, treinta u ochenta

años. De pronto puede ser “algo que sólo le pasa a los viejos” o “algo que está por llegar”. Las representaciones metamorfosean no sólo de sujeto a sujeto sino también en cada uno, con el paso del tiempo pero “si en algún lugar vive el humano es en la representación” (Besso, 1980, p. 151). Somos sujetos de la representación.

En torno al concepto de fantasía

Realizar un recorrido sobre la noción de representación supone encontrarse con conceptos afines al mismo. Besso (1980) propone un listado: “Imagen, Imaginación, Fantasía, Representación, Percepción, Sensación, Alucinación” (p. 123). La representación en el centro con una pequeña serie de términos hacia arriba y otra hacia abajo.

Hacia arriba, la fantasía; asunto que nos atañe. ¿Qué es la fantasía? Laplanche & Pontalis (1983) nos hablan de un “guión imaginario” (p.138). Estas dos categorías ya evocan diferentes interrogantes: ¿a qué refieren con la palabra guión? ¿Y con imaginario? ¿Viene de imaginación?

El concepto de fantasía inevitablemente, en un primer momento, nos sugiere la oposición entre imaginación y realidad. Este es un eje fundamental de referencia en el psicoanálisis.

Las fantasías estarían en relación a cierta cuota de producción ilusoria, es decir, satisfacción por ilusión; pero también están formadas por la percepción y la realidad psíquica. La realidad psíquica, de alguna manera, constituye una dimensión distinta de la realidad material u objetiva. Es, en simples palabras, lo que en el psiquismo del sujeto adquiere valor de realidad, más allá de lo realmente acontecido. De hecho el origen del psicoanálisis, fechado para algunos en la carta a Fliess donde Freud anuncia su decepción ante “el engaño” de sus histéricas, implica cierta renuncia a la importancia de la realidad objetiva. Un abandono de lo él denominó teoría de la seducción.

Sólo un tiempo más tarde, Freud (2015) dará cuenta de la importancia de la fantasía en la etiología de las neurosis y, justamente, del cambio en la teorización de las mismas en relación a la realidad material y la realidad psíquica. El creador del psicoanálisis hace un gran esfuerzo en sus escritos afines al tema por explicar la estabilidad, la eficacia y el carácter relativamente organizado de la vida de fantasía de los sujetos. Además, comprueba que es imposible negarles una realidad propia pues resulta decisiva para los mismos.

Como es sabido, la palabra fantasía se utiliza muy extensamente en psicoanálisis. Este término, por sí sólo, acarrea el inconveniente de no precisar una situación tópica. Es cierto que pueden atribuírseles naturalezas a las fantasías pero, en el desarrollo teórico de Freud, no existe tal preocupación metapsicológica por diferenciarlas. Más bien, se buscó recalcar los lazos existentes entre estos aspectos. Las dos modalidades parecerían, si no juntarse, por lo menos comunicarse entre sí, simbolizarse. Hay cierta analogía, podemos pensar que tiene cierto carácter mestizo. Aprovecha todas las ventajas del sistema consciente pero tiene un origen inconsciente que es decisivo para su destino.

Con fines esquemáticos y teniendo presente el sentido de este escrito, resulta elemental distinguirlas: por un lado, la fantasía ligada a una naturaleza consciente, definida a partir de lo que Freud denomina sueños diurnos. En su escrito “La novela familiar de los neuróticos” (1986) de 1909, define a éstos últimos como aquellos que “sirven al cumplimiento de deseos, a la rectificación de la vida” (Freud, 1986, p. 218). Por lo tanto, las fantasías serían ficciones que el sujeto forma y se narra a sí mismo, “se trata de guiones, aunque se enuncien en una sola frase, de escenas organizadas, susceptibles de ser dramatizadas” (Laplanche & Pontalis, 1983, p. 142).

Por el otro lado, una versión de las fantasías, más interesante a los fines de un análisis, es la de las fantasías inconscientes. Estas pueden haber sido siempre inconscientes o han sido conscientes y por efecto de la represión, devinieron

inconscientes. De esta manera prolifera y abre paso como síntoma patológico. En otros términos, “la fantasía abarca un espectro que en un punto puede consolidarse de manera fija en un síntoma, y en otro extremo, puede liberarse y evolucionar hacia la imaginación” (Ungar, 2001, p. 7).

El problema de la existencia de una naturaleza inconsciente de la fantasía surge, entonces, en el campo de la comunicación entre analista y paciente. ¿Qué revela la palabra? ¿Hay algo por revelar? Si existe ese “algo”, es lo que se construye en un análisis; por ello las intervenciones siempre tendrán que estar orientadas a favorecer el despliegue, en este caso, de las fantasías. Una apertura de eso que se puede decir o enunciar.

Aquí nos ocuparemos fundamentalmente de la fantasía como resto diurno, sin que eso implique desconocer la importancia de su naturaleza inconsciente, o de otras acepciones no menos valiosas, como la de fantasma en la teoría lacaniana.

La reflexión en sí misma nos convoca a plantear la pregunta: ¿es posible sugerir alguna ganancia en la actividad de fantasear? En efecto, sobre todo si de algún modo sostenemos lo que Marucco (2000) propone pensar como placer en la fantasía.

Al reconocer la castración, podríamos convenir con Freud que, a partir de ella, se produciría una represión de las pulsiones. Pero, ¿el acto represivo anula realmente el placer? ¿O la búsqueda de placer encuentra vías sustitutivas? Marucco (2000) plantea que “el placer en la fantasía, (...) se afirma y es sostenido por el incesante desplazamiento significativo” (p. 9). Es como si una parte de la actividad del pensar se hubiera escindido y ya no responde o esta apartada del principio de realidad. Se somete únicamente al principio de placer. Esta es, propiamente, la actividad fantaseadora.

Se concibe así un psiquismo en el cual coexiste la obediencia a la realidad y la defensa de la pulsión. Habría cierta “desmentida” (Marucco, 2010, p. 10), necesaria para el sostenimiento de la fantasía. Una desmentida estructural. Generalmente podemos encontrar en el discurso la expresión de esta escisión: “Ya lo sé, pero aun así...”. Al acatamiento a la realidad le sigue el sostenimiento de la pulsión y la fantasía.

Lo que aquí nos inquieta es la posibilidad de pensar en una funcionalidad de las fantasías vinculada a recubrir eso que postulamos como irrepresentable de la muerte. Consideramos, entonces, un carácter defensivo de ellas. Una defensa frente al desconocimiento. La muerte es eso que desconocemos y la fantasía surge, justamente, frente al misterio del objeto. Como sujetos necesitamos hacer algo cuando tomamos contacto con las propias limitaciones para conocer al objeto. Se trataría entonces de elaboraciones que intentan cubrir la angustia. Una aspiración de saber ante la imposibilidad de tolerar el desconocimiento. Es un saber ilusorio que aunque genere angustia, calma.

Si bien a partir de este desarrollo se puede concebir a la fantasía como un modo de supervivencia, emancipación del requisito de realidad, ganancia de placer y recuperación de la satisfacción perdida, también en ellas tiene permitido pulular y crecer aún lo inútil y lo dañino.

Se trata de una posibilidad que ofrece nuestra vida psíquica como condición de salud; sin llegar a ser prisioneros de ellas: “es una actividad, que de faltar, hace a la personalidad pobre y opaca, pero asimismo, al persistir de manera intensa en la adultez, se convierte en sello de una personalidad borderline esquizoide” (Ungar, 2001, p. 3).

En otro orden de ideas, nos referiremos a la histórica oposición entre el psicoanálisis y la religión para pensar el lugar de la fantasía allí. Si nos remitimos a los escritos de Freud (2013c), encontramos a la doctrina religiosa definida desde el lugar de ilusión en el sentido de completud. Es decir, la ilusión de que exista un padre protector, la figura de dios, que garantice un destino seguro a nuestra existencia.

Innumerables veces se ha planteado la pregunta por el fin de la vida humana y aunque no se hallan, ni probablemente se hallaran respuestas satisfactorias, no debemos desestimar el interrogante. De todos modos, estaríamos en una equivocación si pensáramos que sólo la religión podría darnos algún tipo de respuesta, “por muy rica que fuera la Biblia en historias, éstas no eran, incluso durante las épocas más religiosas, lo

suficientemente adecuadas como para colmar todas las necesidades psíquicas del hombre" (Bettelheim, 1977, p. 73).

En "El malestar en la cultura" (2013c) Freud nos habla de lo difícil y gravosa que puede ser la vida por momentos y que "para soportarla, no podemos prescindir de calmantes" (p. 75). En este escrito cita a Theodor Fontane y retoma una línea de su novela que dice "eso no anda sin construcciones auxiliares". ¿A qué refiere esto? Estamos frente a algo del orden de lo indispensable para evitar los placeres de la vida.

Dentro de estas construcciones auxiliares encontramos enumeradas a las poderosas distracciones, como puede ser cultivar el jardín, a las sustancias embriagadoras y a las satisfacciones sustitutivas. Estas últimas son ilusiones respecto de la realidad pero Freud (2013c) enuncia: "mas no por ello menos efectivas psíquicamente, merced al papel que la fantasía se ha conquistado en la vida anímica" (p. 75). Serian métodos mediante los cuales los seres humanos nos empeñamos en obtener la felicidad y mantener alejado el sufrimiento.

Hay un programa que nos impone el principio de placer que es el de ser felices, pero es un programa que, desde el vamos, es irrealizable. Durante la vida buscamos acercarnos a ese cumplimiento por diversos caminos, pero resulta imposible alcanzar todo lo que anhelamos. Las satisfacciones sustitutivas, entonces, como aquellas pequeñas cosas a las que uno se aferra para atravesar lo gravoso de la vida. Las fantasías, de algún modo, son una forma de satisfacción sustitutiva. Una especie de refugio en el que la religión vendría a perjudicar este juego de elección y adaptación imponiendo una manera universal para protegerse del sufrimiento; aunque no es extraño que las personas se aferren a esta doctrina, puesto que ofrece respuestas a los enigmas de este mundo y brinda consuelo ante las frustraciones de quienes la practican.

Si de algo estamos seguros, es que ni el camino de la religión ni cualquier otro pueden mantener la promesa de guiarnos con seguridad a la felicidad pero, Freud dirá, "cada quien tiene que ensayar por sí mismo la manera en que puede alcanzar la bienaventuranza" (Freud, 2013c, p. 83).

A lo largo de este recorrido hemos visto cómo operan las fantasías dentro de la vida psíquica de los sujetos. Para concluir este apartado e introducirnos en el siguiente será útil recuperar el aporte que Lacan realiza en relación a este asunto en su seminario 0. Allí presenta un texto denominado "El mito individual del neurótico" (2001) y trabaja, precisamente y entre otras cosas, el concepto de mito. Utiliza el recurso de ejemplificar exhaustivamente con el caso del Hombre de las Ratas.

En primer lugar, rastreamos como valioso que no pasa por alto de dónde proviene el nombre de este historial de Freud. Se denomina así, justamente, por una fantasía en absoluto fascinante que tiene el protagonista. De este modo el seminarista enfatiza en la relevancia de las fantasías en la vida de los sujetos.

Lacan (2001) utiliza el concepto de mito para referirse, en simples palabras, a ese relato que "expresa sin duda en una forma cerrada al sujeto pero no totalmente cerrada" (p. 354). No es totalmente cerrada entendiendo que este relato puede ser desplegado y rearmado en la instancia de un análisis. Podemos pensar en un pequeño Hans que se reestructura simbólicamente a través de las fantasías que construye y así, por medio de las intervenciones de su propio padre y de Freud como analista, resuelve su fobia.

El mito, según Lacan (2001), tiene carácter de ficción y, a su vez, esta ficción está relacionada con una verdad, por lo tanto, la verdad tiene estructura de ficción: "Esta constelación adquiere su valor debido a la aprehensión subjetiva que de ella tiene el personaje interesado" (Lacan, 2001, p. 130)

Las ficciones develan algo del mito en el que vivimos. Las fantasías forman parte del mito, de la novela familiar de los sujetos. El mito no es más que ese sistema de representaciones que construimos, ese puñado de significantes que se ordenan de cierto modo en cada quien.

El lugar de la ficción en el devenir del niño

Una muñeca en el estante de una juguetería no es un
juguete, escribe Ricardo Rodolfo
J. Fernández Miranda

En apartados anteriores se hizo hincapié en la importancia del Otro para la constitución del sujeto. Necesitamos de un Otro que nos introduzca en el lenguaje, en el orden simbólico, que nos done esos significantes, para tener la capacidad de representar. De igual modo ocurre con las fantasías.

Sabemos que el yo del niño es un yo en proceso de transformación. Los pensamientos de los niños no funcionan de un modo tan ordenado como suele suceder en la adultez. No puede pretenderse que reine un yo racional desde el inicio. Sus fantasías son al mismo tiempo sus pensamientos. No es en vano que puedan distinguirse etapas en el desarrollo cognitivo de los niños.

La capacidad de crear ficciones es una importante precursora para el desarrollo de la mente. Su aparición es indispensable porque posibilita al niño adaptarse a un mundo de adultos, disponer un sector de actividad cuya motivación no es la adaptación a lo real sino, por el contrario, la asimilación de lo real al yo pero sin coacciones ni sanciones. Entonces, no es sólo la asimilación de lo real al yo sino asimilación por medio de un lenguaje simbólico que es construido por el mismo niño y por ello, es modificable. Posee así un sistema de significantes, y por lo tanto un sistema de representaciones, construido por él y adaptable a su deseo. Sólo de este modo lo donado por el Otro puede ser incorporado.

Es decir, es necesario que ese mundo de mayores que se presenta como aburrido y lleno de lógica pierda su sustancia: ¿de qué modo sucede esto? Creando un nuevo mundo que este capturado por una trama lúdica; “lo ficcional profana los objetos del universo adulto” (Fernández Miranda, 2019, p.14).

Esto es lo que Piaget (2018) denominó aparición de la función simbólica o semiótica. Un ejemplo que puede aclarar este punto es el juego de un niño que, después de ver que en la cena se come pollo, permanece inmóvil en su cama diciendo: “Yo soy el pollo muerto”. Jugar no es imitar los quehaceres de los adultos ni limitarse describir las imágenes de un cuento.

Innumerables veces Freud dejó constancia de que el fantasear comienza con el juego infantil. Es allí donde podremos pesquisar las primeras manifestaciones del orden de la ficción. El juego es un medio de expresión de la fantasía. Pero entonces, los adultos que viven en ese mundo serio y lejano a lo lúdico, ¿pierden la capacidad de fantasear? No, sólo se resigna el apuntalamiento a los objetos reales. La fantasía se expresará bajo la forma de sueño diurno.

Bajo la misma perspectiva Fernández Miranda (2019), influenciado por la escritura de Winnicott, propone pensar al juego como una “operatoria sobre el mundo” (p. 13). Concebirlo de este modo colabora con la línea de seguir pensando fantasía y juego como conceptos separados y prevenirnos de hacer, quizás, la típica correlación directa entre ellos. Indudablemente “el juego se nutre de la fantasía, pero en él las fantasías se despliegan, se ponen en juego, se arriesgan al mundo” (p. 13). Es poner la fantasía en tensión con los objetos. El mismo Freud (2008) nos hablaba de las fantasías como las que se revelan en los juegos infantiles, que no es lo mismo que hacer una analogía juego – fantasía: “Sólo ese apuntalamiento es el que diferencia aun su jugar del fantasear” (Freud, 2008, p. 128). Fernández Miranda (2019) refuerza:

El trabajo de lo ficcional entonces inventa su espacio, pero también se ajusta al espacio ya dispuesto. Las paredes, las puertas, los muebles, son parte de una geografía modelada por el jugar y al mismo tiempo le imponen sus límites. El jugar transcurre en la frontera inestable, conflictiva y fecunda entre el espacio ficcional y el espacio dispuesto por el otro. (p.13)

De esos objetos, de esta geografía, que brinda el mundo adulto también forma parte su propio saber. El saber del adulto pondrá límite en el trabajo de lo ficcional del niño y, por lo tanto, en la línea de su pensamiento. Como mencionamos, el niño necesita crear teorías que respondan a los enigmas que se le presentan. Para resolver ese desconocimiento, crea preguntas y acorrálas al adulto. El problema ante el objeto muerte es que éste posee inconsistencia para todos, aun para los más mayores: ¿Qué debemos responder?

Como seres humanos necesitamos de un proceso para conceptualizar la presencia/ausencia y posteriormente, lo que podemos, de la muerte. Sin saberlo, comenzamos simbolizándolo con el juego del fort da. Sólo un tiempo más tarde, y luego de que el niño haya adquirido el lenguaje, empezaran a aparecer las preguntas directas sobre la muerte. En un primer momento girarán en torno a la muerte de los otros, luego a la de ellos, hasta que la universalizan: ¿Qué es eso? ¿Se murió por mi culpa? ¿Yo me voy a morir? ¿Quién me va a cuidar cuando mis padres mueran? Están en una posición de no saber pero formulan ficciones para comprender y elaborar. Es entonces donde, por ejemplo, empiezan a jugar a hacerse el muerto y matar. ¿Y de dónde surgen todas estas preguntas? Es a partir de lo cotidiano, de lo que experimentan y escuchan. Muchas veces la curiosidad se despierta a partir de lo que descubren en un cuento o una película.

En consideración, el psicoanalista Bruno Bettelheim (1977) hace un trabajo exhaustivo sobre los llamados cuentos de hadas: ¿Qué narran estos cuentos? Los temas de los cuentos de hadas a veces no son temas que se puedan entender racionalmente y por lo tanto, deshacernos de ellos. Dicho de otro modo, no tratan temas útiles acerca del mundo externo sino que refieren a los procesos internos que tienen lugar en el individuo.

Del mismo modo ocurre con los mitos. No por capricho Freud introdujo el mito de Edipo en su teorización. A partir de él pudo dar cuenta acerca de los sentimientos ambivalentes y complejos que podemos experimentar hacia nuestros padres.

Los cuentos de hadas logran simbolizar los conflictos internos. Esto refiere, por ejemplo, a que no describe el estado psicológico del héroe sino que se lo presenta en un bosque frondoso e impenetrable, desesperado por encontrar el camino a casa. En ellos las imágenes tienen una gran relevancia. Contar cuentos no es sólo un privilegio del lenguaje oral o escrito.

Tomaremos la categoría “cuentos de hadas” como sinónimo de aquellos cuentos que encarnan lo antedicho. No necesariamente implica que estemos hablando de forma estricta de aquellos cuentos populares que nos contaron y contamos desde hace décadas. Esta categoría viene a establecer una crítica que la diferencia del resto de los cuentos.

Los otros tipos de historias evitan los problemas existenciales. Son historias seguras que se centran en lo superficial, limitándose a describir y mostrar aspectos de la vida cotidiana. De ningún modo estamos planteando que no son útiles, sólo que su valor reside en otros aspectos. En efecto existe una gran profusión de libros que acompañan a los niños en estos aprendizajes y son aprovechados para cada momento en específico. Por medio del relato y las imágenes, el niño adquiere herramientas para incorporar hábitos y rutinas.

Por su parte, el cuento de hadas se presenta de un modo simple y sencillo, no exige nada para el que lo escucha sino que a priori tiene la capacidad de fomentar la imaginación y por lo tanto la actividad fantaseadora. Es una herramienta que coopera con la creación de este nuevo sistema de significantes.

De hecho, las valoraciones negativas sobre ellos, siempre fueron en función de la búsqueda incesante de racionalidad en el niño. Hay adultos que consideran que al no proporcionar imágenes reales de la vida, los cuentos de hadas serían perjudiciales ya que el niño podría creerse con toda certeza lo que ahí se relata y no querer enfrentarse a la vida. Se ha llegado a quitar ogros y gigantes de las historias e incluso a cambiar sus finales, por sopesarlos catastróficos.

Lo cierto es que, probablemente, el niño considere que eso puede suceder. Estamos frente a un pensamiento animista. Si todo lo que se mueve está vivo, es lógico

que el viento pueda hablar y arrastrar al héroe a donde quiera llegar. De todos modos, en primera instancia, el niño no se pregunta si eso que le cuentan es verdadero o no, no es ese su interés. Entonces tampoco debería ser una preocupación para los adultos. Los niños no están en busca de una respuesta científicamente correcta, porque no es eso lo que les sirve.

Debemos comprender que la efectividad de estas historias reside en posibilitarle le, por ejemplo, contemplar el lado bueno y malo de las cosas, identificarse o no con los personajes: ¿me quiero parecer a la bruja? ¿O a la heroína? Posibilitan desafiar con el pensamiento, imaginar, fantasear.

Al regresar a nuestro eje acerca de la muerte presentada como lo enigmático, lo irrepresentable e incluso como lo que hace límite en el relato del Otro, nos preguntamos: ¿qué habilitan los cuentos de hadas en relación a este asunto? Consideramos que estos tipos de historias permiten darle forma a eso desconocido. Ofrecen soluciones que están al alcance del nivel de comprensión del niño. Por medio de simbolizaciones, metáforas, permiten rodear la muerte y hacerla más accesible a la experiencia subjetiva. Después de todo, lo que se busca es aceptar la naturaleza problemática de la vida sin ser “vencidos” por ella o sin ceder a la evasión.

Los cuentos de hadas propician un espacio para crear representaciones y fantasías sobre la muerte que, de algún modo, nos alivien. Funcionan como mediadores frente a lo inefable.

Entonces, ¿Qué libros deben ser parte de esta geografía? ¿Qué juegos? ¿Qué objetos? Todos los que pongamos a disposición también establecerán un límite. Como adultos tenemos una co-responsabilidad en esta transmisión.

Reflexiones finales: más allá del enigma de la muerte

La categoría de muerte ha sido el eje central de este escrito. La motivación surgió del interés por comprender cómo empezamos a percibirla y elaborarla desde la infancia. En el proceso, fue necesario abordar otras categorías teóricas para sostener la argumentación. Por ello, resultó fundamental esclarecer qué entendemos por representación y fantasía. Si bien presentarlas como conceptos separados permitió profundizar en sus diferencias, esto no implica que no estén vinculadas entre sí.

Hacia el final del desarrollo, observamos cómo ambos conceptos se entrelazan. Podemos pensar que se nutren mutuamente, no sólo en un sentido teórico, sino también en la experiencia de los sujetos. Las representaciones constituyen la base de nuestras fantasías, ya que sin ellas no podríamos fantasear. Sin embargo, son justamente esas fantasías, al alimentar la imaginación, las que contribuyen a la transformación de las representaciones.

Ambas reciben marcas temporales, es decir se adecuan y se alteran frente a cada nueva impresión vital. El nexo con el tiempo es harto sustantivo.

Suponemos, entonces, un sujeto de la representación. Vivimos en ella; la capacidad de representar implica que haya un sujeto del otro lado. Desde la infancia, estas representaciones, estos significantes, nos son donados, transmitidos, pero este proceso no es meramente pasivo. No se trata de que el Otro dé y el niño incorpore sin más. En el medio hay una transformación: la necesidad de crear nuestras propias representaciones y fantasías que nos otorguen subjetividad.

Por otro lado, el recorrido acerca del concepto de representación nos permitió comprender a qué estamos haciendo referencia cuando sostenemos a la muerte como irrepresentable. En este línea, la muerte se presenta como un enigma, un territorio desconocido. Y como representación difícil e inconsistente de transmitir, requiere aún más de procesos que faciliten su elaboración. Incluso en la adultez, seguimos sin tener una respuesta definitiva. La muerte conserva su carácter enigmático para todos, a pesar de cualquier intento de representación.

En este propósito la fantasía viene al lugar de recubrir la pregunta por la propia muerte y por la muerte de los otros. El único saber que podremos obtener, frente a este agujero, es un saber ficcional.

Sobre el final de este escrito, establecimos el último término de la tríada: representación – fantasía – juego. La introducción de este nuevo concepto fue clave, en primer lugar, para dar cuenta de qué manera se manifiestan las fantasías en la infancia. Justamente, es en y por el juego.

Pudimos dar cuenta de que de esa escena que monta el niño cuando juega, además de sus propias fantasías, forman parte los objetos que el Otro pone a disposición. Por ello nos servimos de la categoría “cuentos de hadas” para dar cuenta de aquellos juegos que colaboran, aún más, en esta elaboración de lo que se presenta como enigmático. De algún modo pudimos corroborar la premisa de la que partió este ensayo.

Hemos explorado cómo la representación de la muerte en la infancia no puede abordarse sin considerar el papel de la fantasía y el juego. Si bien el psicoanálisis ha trabajado extensamente la relación entre lo simbólico y la muerte, este escrito ha buscado destacar cómo, desde los primeros años de vida, los niños encuentran en la fantasía un modo de bordear lo irrepresentable. No se trata de un mecanismo de evasión, sino de una herramienta esencial para la subjetivación.

Este recorrido permite reconsiderar la manera en que se entiende la relación de la infancia con la muerte. Mientras que en muchos enfoques se enfatiza el impacto de la pérdida o la angustia sobre la finitud, aquí se ha puesto en primer plano el papel activo del niño en la construcción de sentido. Lejos de ser un receptor pasivo de discursos sobre la muerte, el niño la introduce en su mundo psíquico a través del juego.

De este modo, se reafirma que la muerte no puede ser pensada únicamente desde la carencia, la ausencia o la imposibilidad de inscripción en lo inconsciente. Más

bien es un vacío que exige bordes, encuadres que permitan tramitarla sin quedar atrapados en su enigma. Más allá del enigma, la fantasía y el juego funcionan como operadores que transforman lo insoportable en algo elaborable, permitiendo que el sujeto no quede paralizado frente a lo irrepresentable.

Por ello es necesario poner a jugar a la muerte, para “hacer volar” esas representaciones y fantasías que le permitirán al niño acceder a ella de algún modo.

Como adultos nunca tendremos una respuesta inequívoca. Lo que sí tenemos es la oportunidad de poner a disposición objetos que cooperen con la creación de este nuevo sistema de significantes. Un mundo con sus propias representaciones. El niño, al mismo tiempo que imagina, crea; al mismo tiempo que fantasea, piensa.

Para finalizar, y comprendiendo que este ensayo no busca agotar el tema, dejaremos abiertas algunas preguntas que invitan a nuevas reflexiones. A lo largo del armado del desarrollo de este escrito, incluso en instancias de planteamiento del problema, surgieron interrogantes que aquí no han sido abordados pero continúan siendo un interés vigente: en el autismo: ¿cómo se ve afectada la relación con la representación y la fantasía en estos casos? ¿Habitan un mundo en el que lo simbólico opera de una manera distinta? ¿De qué forma esto influye en su vínculo con el lenguaje y la realidad? ¿Cómo es el juego en los niños autistas? Estas cuestiones quedan planteadas como puntos de partida para futuras indagaciones.

Referencias bibliográficas

- Besso, J. (1980). *Las representaciones de la Percepción*. Buenos aires: Ed. Seix Barral.
- Bettelheim, B. (1977). *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Barcelona: Editorial Crítica, S.L.
- Faccendini, J y Zuliani, C. (2018). *Volver al duelo-ruedo: duelo, identificación, objeto*. Rosario, Argentina: Laborde Editor.
- Freud, S. (1986). *La novela familiar de los neuróticos*. En *Obras Completas: Volumen IX* (pp. 213-220). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2008). *El creador literario y el fantaseo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2006). *Estudios sobre la histeria*. En *Obras completas: Volumen II*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2013a). *Más allá del principio de placer*. En *Obras Completas: Volumen XVIII*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Freud, S. (2013b). *De guerra y muerte. Temas de actualidad*. En *Obras completas: Volumen XIV* (pp. 273-303). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2013c). *El malestar en la cultura*. En *Obras completas: Volumen XXI* (pp. 59-145). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2015). *La sexualidad en la etiología de las neurosis*. En *Obras completas: Volumen III*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (2007). *Proyecto de psicología para neurólogos*. En *Obras completas: Volumen I*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Fernández Miranda, J. (2019). *El trabajo de lo ficcional. Problemas actuales en la clínica psicoanalítica con niños*. Buenos Aires: Letra Viva Ediciones.
- Heredia, L.B. (2020). *Habitar la ausencia, una condición del trabajo de duelo* [Trabajo Integrador Final, Universidad Nacional de Rosario]. Repositorio Institucional – Universidad Nacional de Rosario.
- Lacan, J. (2001). *El mito individual del neurótico*. En *Escritos: Volumen 1*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (2014). *El seminario. Libro 1: Los escritos técnicos de Freud*. Buenos aires: Paidós.
- Lacan, J. (2006a). *El seminario. Libro 2: El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*. Buenos aires: Paidós.
- Lacan, J. (2006b). *El seminario. Libro 10: La angustia*. Buenos aires: Paidós.
- Lacan, J. (2008). *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano*. En *Escritos: Volumen 2*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Laplanche, J; Pontalis, J.B. (1983). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Editorial Labor, S.A.
- Marucco, N. (2000). *El placer en la fantasía y en la realidad*. En *Revista de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Edita por la Asociación Psicoanalítica Argentina.
- Piaget, J. (2018). *Seis estudios de psicología*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Real Academia Española. (2014). *Representación*. En *Diccionario de la lengua española* (23.ª ed.). Espasa. Recuperado de <https://dle.rae.es/palabra>
- Ungar, V. (2001). *Imaginación, fantasía y juego*. *Psicoanálisis APdeBA*, 23(3), 695-711.